

—No me culpe usted, señora.—alegó el marquesito respetuo-
samente.
—¡Que no le culpe á usted!—replicó llena de confusion la
desdichada Matilde.
—Soy inocente.
—¿Qué objeto le trae á mi presencia?
—La fatalidad.
—¿Ignora usted que estoy casada?
—No, señora... ni lo olvidaré jamás.
—Siendo así...
—Permitame usted una esplicacion.
—No debo.
—Bien sabe Dios que al venir á esta sala estaba creido que no
encontraria á usted en ella. No parece sino que el destino se empe-

LUCHA DE HONOR Y AMOR.





(17)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

ñe en reunirnos. Perdóneme usted, señora... ¡Soy tan desgraciado!... Mi cabeza se turba.... mis ideas se pierden.... creo que me vuelvo loco. Sépalo usted, señora, yo le respeto.... yo le amo como usted misma á ese hombre generoso... No sé que fatalidad me ha conducido á su casa.

—Señor de Bellaflor—dijo en voz baja y esforzándose por aparentar serenidad la pobre Matilde—partirá usted al amanecer, ¿no es verdad?

—Sí, partiré.... es preciso—y repitió entre dientes de una manera casi ininteligible: —partiré...

Algunos minutos de silencio siguieron á estas palabras; pero de repente y como fuera de sí, exclamó:

—No, no... me es imposible. Quería alejarme de esta casa; pero no puedo.—Y diciendo esto se sentó en una butaca junto á Matilde.

Matilde nada replicó; pero hizo ademan de retirarse, después de haber dirigido á Enrique un gesto de desagrado.

—Matilde, no merezco esa mirada severa con que reprueba usted mi conducta. Cuanto mas firme la veo á usted en la línea de una esposa honrada, mas indiferente debe serle que un desdichado permanezca algunas horas mas al lado de usted. Yo no quiero mas que contemplar á Matilde... ¿qué teme usted?

Matilde llevó las dos manos á su corazón como si no pudiera sufrir la violencia de sus palpitaciones.

—Nada—contestó haciendo un heróico esfuerzo.

Pero apenas hubo pronunciado esta espresion, un torrente de lágrimas corrió por sus megillas... Su fuerza la abandonó; le fué imposible sostener por mas tiempo el disimulo que la virtud le aconsejaba. Su corazón se desgarró y escapáronse á pesar suyo los sollozos

que en él reprimía. Lloró delante del jóven á quien queria alejar. Su dolor fué mas elocuente que sus palabras.

El marquesito sintióse conmovido al contemplar la desolacion de su amada, y arrojándose á sus piés, exclamó:

—Matilde, mi querida Matilde, por piedad no llores así delante de quien te adora. Enjuga tus ojos, ídolo mio, demasiadas lágrimas les he arrancado ya. Estoy pronto á obedecerte..... Yo no tengo mas voluntad que la tuya... ¿Quieres que parta?... Partiré, bien mio... Me ausentaré de ti para siempre... y vivirás feliz!

Matilde asió las manos del marquesito, las estrechó convulsivamente entre las suyas, y anegada en lloro

—¡Cruel!—dijo con pasion— ¡yo feliz lejos de tí!— Y con acento de indefinible angustia añadió:— ¡Dios mio! no hay perdon para mí... ¡A Dios! ¡A Dios para siempre!

—¡Matilde!—repuso Enrique besando con frenesí las manos de su amada.

—¡A Dios!—repitió Matilde fijando en su amante los ojos animados por el fuego de la fiebre.—Separándome de tí, renuncio á toda esperanza, á toda felicidad en este mundo... porque te amaba con delirio... porque... te amo aun!

—¡Me amas, Matilde!... ¿Tú, que por mi causa eres tan infeliz... tú me amas? ¿Qué importa el dolor de toda la vida á quien oye de tus lábios tan consoladoras palabras? ¡Pobre Matilde! El destino se nos ha mostrado implacable... ¡Cuán rápidamente huyeron aquellos dichosos instantes, que creiamos precursores de una felicidad duradera!

—Es verdad... huyó la dicha, y... ¡solo ha quedado el amor!

—Y añadió sobresaltada:— ¿no has oido?

—¿Qué?

— Como rumor de pisadas...

—Es el viento, tranquilízate.

—Tengo miedo... Soy tan culpable... ¡A Dios!

—¿Y he de ausentarme?

—Para siempre. Llévate el recuerdo de mis lágrimas... Ten el valor que á mí me falta... Haz que no te vuelva á ver... Déjame cumplir silenciosamente y resignada el destino que me ha deparado la Providencia, y ocultaré mi angustia para que á lo menos sea dichoso ese noble anciano, á quien ambos deberiamos amar y le estamos ofendiendo.

—¡Matilde! ¡Matilde!—esclamó con frenesía el marquesito— yo no puedo separarme de tí... no puedo abandonarte... estoy resuelto... no partiré.

—Usted partirá ahora mismo, señor de Bellaflor—dijo en tono solemne el banquero, que se presentó de improviso pálido como un cadáver; pero lleno de prudencia y aun de serenidad.

Un grito de angustia escapóse del pecho de la jóven esposa. Cayó casi exánime en un sillón.

El honrado banquero se adelantó á paso lento hácia el marquesito de Bellaflor.

